

La relatividad de la Civilización

Periódico EL Sol de México No. 839. México, D.F. 25 de marzo de 1990.

Por **Lucía Aranda Kilian**

luciaranda@hotmail.com

Todo comenzó en un rincón del mundo en la huasteca hidalguense, en un viaje de estudio que realice con tres indígenas a su comunidad. Como era época de sequía no había agua en el pozo, por lo que tuvimos la necesidad de ir a lavar la ropa y bañarnos a una distancia aproximada de una hora y media de donde estábamos establecidos; por caminos sinuosos y resbaladizos: maravillosos lugares donde la vegetación todo lo inunda, embellece y por supuesto no podían faltar bellos pájaros de diversos colores, los cuales con sus trinos nos invitaban a la reflexión.

Llegamos al arroyo que se aprovecha para tomar agua, bañarme y lavar la ropa; aunque todo se haga en el mismo arroyo cada actividad tiene su lugar específico. Pero yo como buena capitalina sin fijarme en este orden, llegue a refrescarme, entonces me preguntó una la indígena que me acompañaba “¿Te fijaste lo que hiciste?” fue cuándo me di cuenta que por meter los pies en esa parte ocasione que se les ensuciara la ropa a las mujeres que estaban lavando ya que se enturbió el agua. Confieso que pocas veces en mi vida me he sentido tan mal, tan inconsciente, trate de pedir disculpas por medio de la indígena

Como hubiera querido poder expresarles mis sentimientos en náhuatl, transmitirles lo apenada que estaba por lo sucedido.

Creo que me entendieron, ya que a señas les mostraba mi corazón y cómo estaba arrepentida de haber actuado así.

Después de lavar la ropa la indígena me mostró unas estalactitas grandes y hermosas; le mostré lo mucho que me gustaban. ¿De dónde las habrán sacado? ella respondió que de las cuevas” inmediatamente mi propuesta fue ir ahí, ¡Quería entrar! Me comentó que no era posible ya que como habían empezado las lluvias “si entrábamos nos haría daño el viento, el Dios del viento”.

Las estalactitas estaban a un lado del arroyo como si alguien las hubiera cortado y dejado olvidadas. Se me hizo muy fácil tomarlas y llevármelas a la comunidad como algo que me hiciera recordar lo difícil que es crecer, pues queremos hacerlo rápido en el espíritu e intelecto y nos decepcionamos cuando observamos que no avanzamos como quisiéramos, pero después de tener entre

mis manos estas estalactitas, pensé en cuántos siglos debieron de transcurrir para que éstas alcancen el tamaño que tienen, y como gota a gota se fueron formando hasta llegar a ser esta maravilla, así debe de ser nuestro crecimiento paciente y constante.

Ese mismo día al amanecer subimos por una montaña en cierto lugar predominaba un aroma fresco y extraordinario, nada me informó la indígena sobre el origen de ese olor, como en otras circunstancias, recibí la frase “no sé” a modo de símbolo que bien puede significar “aún no puedes saberlo”.

Esa noche me empecé a sentir mal, con intenso dolor de cabeza y diarrea, mi informante la indígena estaba todavía más enferma por lo que yo debí darme a entender sin su ayuda.

Al otro día como mi estado de salud no mejoraba decidieron aplicarme sobre la frente una cinta hecha de periódico dentro de la cual, supongo, había plantas o animales. La tuve puesta más de 24 horas: me proporcionó cierto alivio.

Como no nos aliviábamos decidieron llamar a uno de los brujos, a mi esta situación me preocupaba un poco, pues a fin de cuentas yo era una extranjera para ellos; no podía estar completamente segura de que mi presencia fuera aceptada por toda la comunidad.

Más ese pensamiento duró unos segundos, en seguida pensé que si estaba entre ellos debía adaptarme y tener confianza.

No encontraron a ese brujo, así que fueron a buscar a otra curandera, pero tampoco llegó, yo me sentía mal y cansada, por lo que me dormí en el petate sin saber más.

De repente, en la noche me llegó un olor a copal, se oían voces como susurros; abrí los ojos y todo se veía como entre nubes, había una vela prendida, se encontraban varias personas en la habitación. Yo no sabía que pasaba. ¿Sería que ya estaba muerta y me estaban velando? No entendía que estaba sucediendo, era como un sueño, una pesadilla en ese momento trate de incorporarme y sentí la pierna de mi acompañante indígena sobre la mía haciendo presión para impedir que me sentara y me dijo “Te quedas acostada”. Yo supe entonces que no era un sueño y que se me exigía obediencia, por lo que me quedé inmóvil. A esta mujer le palpaban el cuerpo y le rezaban; le pasaron unas hierbas y un huevo y finalmente estuvieron escupiendo alcohol encima.

Yo creía que después de ella me tocaría a mí el tratamiento, pero fui ignorada ¿Por qué a mí no me trataron ¿sería que mi condición de extranjera para ellos

no tendría yo derecho? Me entía yo sola en medio de esas montañas. No me quedo más remedio que dormir.

Un día más tarde me enteré a través de mi informante que no nos podían curar juntas, porque si se intenta de ese modo “nos gana la enfermedad”. Enseguida me senté a recibir la curación.

Mi primera sensación fué estar con una persona de gran calidez que me estaba transmitiendo su energía, su sensibilidad, su mirada era serena, tranquila como de quien “nada teme porque nada debe”. Empezó a tocar mi pelo con ternura, después me acarició el cuerpo sin dejar de pronunciar palabras, a continuación me “barrió” con una hierba, me pasó un huevo por el pelo y la espalda. Ese huevo lo puso en una jícara con agua y permaneció un momento observándolo, finalmente bebió un poco de alcohol y después me lo fué escupiendo en diferentes partes del cuerpo. Posteriormente supe que esto era para que regresara mi alma.

Le comenté a la indígena mi compañera, que probablemente que al ir al monte tropezamos con la enfermedad que alguien había dejado allí. Y ésta saltó a nosotras invadiéndonos. La curandera también pensó que no debíamos haber traído las estalactitas, ya que provocamos el enojo de los dioses, pues estas les pertenecen por estar en las cuevas donde ellos habitan.

Decía la anciana curandera que en el huevo vio como tomábamos la enfermedad y a mí me vio como un caballo: esto podría significar que mi animal es un caballo, ya que ellos tienen la creencia prehispánica de que cada persona tiene un animal que la acompaña y comparte con ella sus cualidades.

El tratamiento constaba de cuatro sesiones, pero ya no había tiempo para realizarlas, pues en México nos esperaba mi familia, la cual sabía que sino llegábamos cinco días después de la fecha estipulada tendría que mandar por nosotros en helicóptero. Nuestra ausencia sería tomada como un seguro indicio de que el río había crecido mucho e impediría salir de la comunidad.

Por esa razón solo fueron dos sesiones. Esta fue una vivencia excepcional, ya que por un lado sentí el apoyo solidario de la comunidad hacia mí, su preocupación, su cariño y por otro lado me di cuenta de la importancia que tiene el contacto físico cuando alguien está enfermo. No es que yo crea que eso me haya sanado (llevaba antibióticos y los tomé para curarme). Pero si considero como parte vital en el tratamiento de un enfermo el darle cariño, que sienta el contacto físico. En este viaje he confirmado la deficiencia de nuestra medicina occidental, pues en gran parte de los casos se da importancia al hígado, el corazón o a otros

órganos y se olvida el ser humano. Qué diferente sería este mundo si todos fuéramos cálidos y supiéramos dar y recibir.